

XAVI DAURA



Una novela muy española.

XAVI DAURA  
BRAVO

© Xavier Daura, 2019

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-9998-766-8

Depósito legal: B. 18.224-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# QUIÉN ES QUIÉN

Quiero dejar claro algo desde el principio: soy un tío cojonudo.

Mi vida ha sido una serie imparable de buenas decisiones tomadas en todo momento desde mis cojones, los mejores consejeros que tengo. Que cualquier hombre puede tener, me atrevo a decir. Dos pelotas perfectas en las que hay que confiar ciegamente porque saben lo que es mejor para nosotros, aunque parezca arriesgado, peligroso o incluso mortal. Son como el ángel y el demonio que salen cuando algún personaje de tebeo tiene un dilema, aunque en su caso ellos siempre están de acuerdo en todo. Es decir, son el doble de efectivos. Imparables.

Sin dudas, sin miedos.

Somos un EQUIPO.

Me llamo Rafael Bravo y soy entrenador de fútbol en Primera División. En otras palabras: tengo el trabajo

más importante al que puede aspirar nadie en este país. Más que astronauta.

Ser entrenador de fútbol significa representar a una afición, una ciudad, una forma de ser. Un entrenador representa a una nación entera, con su bandera, su presidente y sus bebés. Bien, pues ese soy yo.

Algunas cosas sobre mí: tengo cuarenta y ocho años y me gusta lo que a cualquier español de a pie. A saber: el cachondeo lo primero, comer bien, beber y santiguarme al pisar cualquier campo de fútbol, vaya a jugar o no. Dicen que Dios está en todas partes, pero yo tengo la certeza de que está más en los campos de fútbol. Por lo menos, el Dios español.

Me siento muy cómodo en el vagón-cafetería del AVE, no entiendo el vagón silencioso. Amo el dinero, pero detesto las moneditas de céntimos.

Me divorcié de mi mujer hace catorce años y tengo tres hijos con ella. Trillizos, salieron de golpe.

He estrechado la mano del rey cuatro veces en mi vida y he cenado con tres presidentes distintos. De hecho, esta semana ceno con el cuarto. Tengo un trato publicitario con la marca de relojes Viceroy, aunque a mí me gustaría que fuese con Omega, ¡qué le vamos a hacer!

Escribo toda esta morralla porque he tenido que empezar a hacer terapia y este es el primer ejercicio que me ha mandado la psicóloga, la doctora Angulo. Tengo que escribir un diario como si fuese una niña, ya ves tú.

Todo empezó hace aproximadamente un mes, cuando la Federación anunció que el valenciano Rober-

to Solana iba a ser el nuevo seleccionador de España. Muy buen entrenador, relativamente joven pero que ha sabido liderar durante casi una década al equipo más entregado que he visto en todos mis años en el fútbol.

Todo fue bien hasta que tres días después salió a la luz un caso muy grave de evasión de impuestos que implicaba a Solana y a todo su antiguo club. Todos. No es una forma de hablar; todos los trabajadores de ese club estaban implicados. Por lo visto, nadie pagaba impuestos en ese equipo; era algo que simplemente no iba con ellos, declararon. Y lo decían en serio, no era una defensa. Se habían olvidado de pagar impuestos desde 2005, cuando se jubiló el gestor del club. A nadie le caía demasiado bien ese hombre, así que no se preocuparon de poner a otro en su lugar. No querían a otro tío bajonero recordándoles que había que pagar tasas, justificar gastos, hacer declaraciones de la renta... Ellos solo querían jugar a fútbol.

Durante todos estos años han ido jugando y cobrando millones de euros por ello; millones que iban directamente a sus bolsillos, con los que luego pagaban *en mano* a cada uno de los jugadores y al personal. No había ni bruto ni neto, la cifra que veían era la que tenían. Y, como el club era mucho más feliz así, nadie hacía preguntas. Entre todos los clubes de Primera División, ellos eran famosos por su buen carácter y su aparente paz interior. Era como ver jugar a un equipo de vacas Kobe, tan relajados y con la cabeza despejada.

Recuerdo que cada jugador llegaba a los partidos en su propio helicóptero privado, vestidos con abrigos de

pieles y andando con cetros de oro, mientras los entrenadores y directivos hablaban muy animados de todos los negocios de construcción en los que estaban metidos. No entendían cómo no existían muchas más empresas constructoras, con lo fácil y rentable que era.

Jugar en su campo era muy divertido porque eran el único equipo de fútbol con *cheerleaders* y fuegos artificiales para la media parte. Si terminaban ganando el partido, para celebrarlo disparaban cañones llenos de billetes de cincuenta euros al público. En la vida he visto una afición más entregada.

A todos nos parecía que vivían en un mundo de fantasía... y resulta que simplemente no estaban pagando impuestos. Los mandaron inmediatamente a la cárcel (a todos) y lo único que declaró Solana fue: «No me arrepiento de nada, han sido los años más felices de mi vida».

Así que la Federación tuvo que recurrir a una segunda opción: Fernando Cáceres, de La Rioja.

Fernando duró un poco más, llegó a cumplir una semana entera como seleccionador, hasta que en la entrevista que le hicieron en *Los desayunos de TVE* declaró que el fútbol femenino le parecía una «puta parodia».

Tal cual.

Lo más jodido es que nadie le preguntó por ello. Soltó esa perla de la nada, sin más.

Estaban al final de la entrevista, casi fuera de tiempo, y el presentador iba despidiendo ya a sus contertulianos cuando Fernando dijo: «Y que quede claro algo: el fútbol femenino me parece una puta parodia», como si

fuese algo que se había anotado en la mano y casi se le olvida decirlo. Obviamente, el presentador reaccionó con un «¿disculpe?» creyendo que lo había entendido mal, y Fernando continuó con una sonrisa en la cara: «Pues eso, que últimamente hay mucha reivindicación feminista y todo eso... y, bueno, yo entiendo que las mujeres tienen que poder defender la suya... pero que el fútbol no lo toquen, por favor».

El presentador, atónito, no dejaba de echar miradas fuera de cámara. «Pero todo esto... ¿lo está usted diciendo en serio? ¿Aquí, ante las cámaras de Televisión Española, que están funcionando perfectamente y emitiendo en directo?»

El equipo técnico reaccionó llamando a enfermería porque creían que al invitado le estaba dando un derrame cerebral.

Se lio una buena.

Incluso el presidente del Gobierno tuvo que posicionarse en contra de Fernando públicamente. Con lo que, en efecto, la Federación tuvo que expulsarlo.

Entonces, estando ya a menos de veinte días del Mundial, anunciaron al gallego Manuel de Prada como última opción. Todos nos alegramos; Manuel es un tío afable, un veterano muy amigo de la comunidad futbolística en general.

Salimos a celebrarlo con una cena todos juntos. Pero la celebración duró poco, ya que inmediatamente salió a la luz un grave caso de trata de blancas en la UEFA, y por lo visto él era una persona clave en toda esta tenebrosa operación.



Se descubrió que altos cargos de la UEFA llevaban años traficando con personas. Mujeres y hombres secuestrados, gente corriente que desaparecía y pasaban a formar parte de este peligroso submundo dominado por directivos de fútbol.

La investigación empezó creyendo que estaban tras un caso de prostitución a gran escala, pero no era nada sexual. Era mucho más sofisticado: resulta que estos altos cargos de la UEFA estaban organizando una liga clandestina de partidas de *Quién es quién*, pero con personas de carne y hueso. Hacían partidas de verdad, con gente.

Partiendo del famoso juego de mesa *Quién es quién*, en el que cada jugador tiene que adivinar el personaje que oculta su contrincante a base de preguntas sobre su aspecto, volcando los personajes descartados en su tablero hasta que por eliminación solo quedaba uno, estos señores, borrachos de poder, habían emprendido el proyecto de hacerlo de verdad, con gente real.

Llevaban años secuestrando a gente que se pareciese físicamente a los personajes del juego original. Tenían equipos de sicarios contratados por todo el mundo trabajando día y noche para buscar, por ejemplo, tipos pelirrojos con melena y bigote setentero para hacer de Alfred, o mujeres negras de edad media y con el pelo rizado para hacer de Anne. Tenían que conseguir dos de cada, claro, para jugar con dos tableros.

Los drogaban y luego despertaban en una mansión a las afueras de Zúrich, donde los tenían viviendo en muy buenas condiciones, pero no se les permitía salir.

Contrataron a peluqueros, maquilladores y dietistas para conseguir que se parecieran lo más posible a los personajes de dibujo. Y cada cierto tiempo, cuando tocaba partida, los cargaban en camiones y los llevaban a campos de fútbol reservados para tales eventos, donde habían montado dos tableros enormes en medio del campo y los directivos apostaban millones en estas macabras partidas a escala real de *Quién es quién*, jugando de punta a punta, comunicándose con megáfonos.

Era una enorme y malvada gilipollez.

Agentes de la Interpol entraron con violencia en nuestro restaurante favorito para venir a nuestra mesa a detener a Manuel, esposándolo ahí mismo delante de todos. Pasamos de estar brindando por la Selección a tener a esta leyenda del fútbol volcada sobre el mantel, apresado como un terrorista, tirando todas las copas con su rechoncho cuerpo. Manuel, ya mayor para estos líos, sudaba y lloraba. Con su cara rosada de cerdito aplastada contra el tiramisú, me miró fijamente a los ojos y me gritó: «¡BRAVO! ¡TÚ ERES EL SIGUIENTE! ¡Más te vale dar la talla en este podrido pozo que es el negocio del fútbol!».

Se lo llevaron gritando y pataleando, y según se alejaba gritó: «¡ESTAMOS TODOS CONDENADOS! ¡NADIE SABE QUIÉN ES QUIÉN! ¡NOS VEMOS EN EL INFIERNO, CABRONES!».

Y esto nos lleva a esta misma semana. Estaba yo tranquilamente en casa viendo mi concurso favorito, *Ahora caigo*, cuando me sonó el móvil.

Era Luis Rubiales, presidente de la Federación, quien me llamó personalmente para comunicarme que era su cuarta (y ahora ya definitiva) opción como seleccionador de España.

Por un segundo, me quedé de piedra.

Me dijo que lo acababan de anunciar a la prensa, así que más me valía confirmar oficialmente que estaba a bordo. Insistió en que no me preocupara de nada, que el trabajo iba a ser mucho más fácil de lo que parecía, y que a la afición le daba igual que fuese primera o cuarta opción, que no hiciese caso de todo lo que se estaba diciendo sobre mí en las redes.

Sudor frío.

No solo necesitaba una respuesta rápida, también necesitaba que acudiese a mi presentación oficial en Las Rozas antes de dos horas, donde me esperaban todos los periodistas en su ya cuarta rueda de prensa con el nuevo seleccionador en menos de un mes. Me habían mandado todas las respuestas por correo electrónico y me las tenía que estudiar en el taxi, que me estaba esperando en la puerta de mi chalé.

—Pero... a ver... cómo... —solo le podía responder con titubeos.

—Ya sabes, el fútbol es así.

—Ya, pero... *así* ¿cómo?

—Te digo sin ninguna duda, Rafael, que este es tu momento. España te espera.

No dije nada, me estaba quedando sin aire.

—¡Ah! Y por lo que más quieras, no abras Twitter, eso ni de coña. ¡Venga, te veo ahora!

Y ahí me quedé, con el móvil pegado a la oreja pero sin nadie al otro lado, mientras sonaba insistente el timbre.

En la tele, un concursante de *Ahora caigo* se estaba jugando todo su dinero a una sola pregunta y la respuesta era mi nombre. Pero no lograba sacarlo. Probaba nombres absurdos, pero no le salía el mío.

Cada vez me costaba más respirar.

El cronómetro del concurso corría endiablado hacia atrás, mientras yo intentaba todavía asimilar la llamada que acababa de recibir, a menos de quince días del Mundial.

El cronómetro corría.

El taxista había pasado de tocar el timbre a aporrear directamente la puerta.

El tiempo se acabó y el concursante se lamentó por haberlo perdido todo. Arturo Valls le dijo: «Es verdad que eres joven, y quizá Rafael Bravo ya es un referente un poco antiguo...».

No sé si fue por el *shock* del momento o por las amenazantes últimas palabras de Manuel de Prada con la cara llena de nata... pero de repente dejé de respirar. El corazón me iba a mil.

En la tele, Arturo Valls gritaba: «¡Qué peena!». Y, según se abrió la trampilla que hacía caer al concursante por su agujero, yo pasé a verlo todo negro y me desmayé.

Lo siguiente fue despertarme en la consulta de la doctora Silvia Angulo, la psicóloga de la Selección. Una mujer con gafas de pasta y vestida toda de gris. Andaba

revisando unos dosieres y dando vueltas a mi alrededor. Estaba sedado.

Antes de que pudiese entender dónde estaba, me dijo que había sufrido un ataque de ansiedad que me había bloqueado y mi cuerpo había reaccionado apagándose. Esto, en hombres de mi edad, es particularmente peligroso.

Pero no tenía que preocuparme de nada, la Selección lo tenía todo bajo control. Eso sí: me tenía que mentalizar de que iba a ir al Mundial como seleccionador, que en eso no había vuelta de hoja. Ya no quedaba nadie más, yo era la última opción. Así que había que ponerse manos a la obra para, en menos de quince días, recomponer mi cabeza y conseguir hacer un buen trabajo.

Yo me sentía extremadamente intranquilo. Jamás había tenido un ataque de ansiedad. Noté como si mis cojones se hubiesen guardado dentro de mi cuerpo.

«Vamos a trabajar desde ya para que tú, Rafael Bravo, puedas guiar a España hacia el éxito.»